



Pablo d'Ors
Sendino se muere



PABLO d'ORS

Sendino se muere

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2020

© Pablo d'Ors, 2012, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 924-2020
ISBN: 978-84-17971-72-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A la memoria del médico y dibujante
Juan Pablo d'Ors, mi padre*

He dedicado mi vida a ayudar a los demás,
pero no he podido marcharme de este mundo
sin dejarme ayudar por ellos.
Dejarse ayudar supone un nivel espiritual
muy superior al del simple ayudar.
Porque si ayudar a los demás es bueno,
mejor es ser ocasión para que los demás nos ayuden.
Sí, lo más difícil de este mundo
es aprender a ser necesitado.

DRA. ÁFRICA SENDINO

I

«-¿Puedo comentarte algo? -le dije a J. C. D.; y, antes de que pudiera reaccionar-: Tengo un cáncer de mama.

»-¡Todavía estará por confirmar! -me respondió él.

»-No -le repliqué y, sosteniéndole la mirada-, ya está diagnosticado.

»No quiso rendirse a los hechos hasta que le demostré que ya tenía hora para hacerme un estudio de extensión. Como tantos de los que más tarde serían informados, J. C. D. no aceptó la dimensión de la noticia.»

Así es como comienza el diario de la doctora África Sendino, quien, a la hora de morir, alcanzó un comportamiento que no du-

daría en calificar de «ejemplar», un adjetivo que, en este caso, no sólo considero justo o apropiado, sino exacto.

En las notas que siguen, Sendino relata cómo se vistió tras haberse enterado de aquella terrible noticia, y cómo salió del laboratorio con aquel nuevo peso que comenzaba a gravitar sobre su vida. Desde aquel momento se inició para ella un intenso y prolongado diálogo con su Dios: «Fui a la capilla de Traumatología y me arrodillé —escribe—: Señor, recé, sólo se me ocurre decirte que lo que me toque vivir a partir de ahora quiero que sirva para tu mayor gloria. Tú sabrás el camino que inicias. Tú sabrás adónde me conduces».

Tuve el honor de conocer y frecuentar a Sendino durante las últimas semanas de su vida. En el hospital todos la llamaban por su nombre de pila —África—; para mí, en cambio, Sendino fue Sendino desde el mismo día en que, al poco de conocerla, escribí en mi cuaderno de notas: «Sendino se muere». Estas

tres palabras parecen el título de una novela; pero esto no es una novela ni puede serlo —por mucho que habría podido escribirse una (al estilo, por ejemplo, de *La muerte de Iván Illich*, de Tolstói) con buena parte de las experiencias que tengo la intención de recoger aquí. Además, lo que la propia Sendino quiso que ofreciera en su nombre al mundo fue algo así como un testimonio, lo más fidedigno posible, de su vivencia de la enfermedad. Y todos estamos obligados a respetar las últimas voluntades de nuestros muertos. Este escrito se justifica sólo por esta voluntad, y esto conviene dejarlo claro desde el principio: no me guía ninguna otra pretensión; escribo porque así se me pidió. Y me gustaría comenzar haciéndolo con esta afirmación: si es cierto que los últimos días y hasta las últimas horas en la vida de una persona simbolizan bien lo que esa persona ha sido o querido ser, entonces debo pensar que Sendino era lo que en el catolicismo se entiende por santo.

Como es lógico, esto no significa que todo en ella fuera perfecto o que Sendino

careciera de esas fallas o lacras que caracterizan a los mortales y sobre las que cabría atribuirle alguna responsabilidad. Yo acepté a Sendino con estas presuntas deficiencias o imperfecciones, y es así, en todo caso, con ellas, como me pareció –y ello casi desde el momento en que la conocí– un ser muy especial. Este calificativo, *especial*, se transformó pronto en *admirable*; y el *admirable*, con el tiempo, pasó a *insigne*. Y no lo digo porque su figura haya quedado engrandecida en mi recuerdo tras su muerte, como tan a menudo nos sucede con los difuntos. Resulta fácil encontrar virtudes a quienes ya no están en este mundo. Casi se diría que lo necesitamos para justificar su biografía, tantas veces lamentable o, al menos, triste y mediocre. Lo que a mis ojos hace grande a Sendino, en cambio, no es la muerte sino el morir, el modo de morir.

Quizá convenga saber que trabajo como capellán de un hospital desde hace algunos años y que, como no podía ser menos, en

dicha institución sanitaria he tenido la oportunidad de atender a muchos enfermos y moribundos. Me han requerido en incontables ocasiones para administrar la unción de los enfermos, por ejemplo, o para escuchar en confesión a quien quería reconciliarse antes de someterse a una importante intervención quirúrgica, o incluso para la llamada recomendación del alma y despedida del cadáver. Informo sobre todo esto sólo para dejar claro que, por mi actual ocupación, son muchos los enfermos terminales que han pasado ante mis ojos y por mis manos sacerdotales; y que de este modo he podido constatar cómo suelen morir los hombres: inconscientes, atormentados, tranquilos, angustiados... Ninguno como Sendino. La muerte de Sendino destaca en mi corazón sobre todas las demás. Y no porque fuéramos amigos –pues no creo que la relación que mantuvimos pueda calificarse de este modo–; ni porque tuviéramos una particular afinidad. No, Sendino y yo éramos muy diferentes, y aunque compartíamos la fe cristiana, nuestra forma de vivirla y nuestra sensi-

bilidad religiosa eran muy distintas. La suya, con toda seguridad, incomparablemente más firme y meritoria que la mía. Remarco esta no afinidad emotiva e intelectual para dar a mi texto, en lo posible, una cierta neutralidad con la que espero que se incremente su valor.

Entré por vez primera en la habitación de Sendino, la 305-D de Oncología, en el mes de mayo de 2008, si las fechas de mi diario no me engañan.

Lo que primeramente me llamó la atención en ella –pues era lo más visible– fue su compostura. Sendino estaba acostada con dignidad, casi me atrevería a decir que con elegancia. Y es que hay enfermos a quienes se ve acostados de cualquier manera: con su cuerpo desmadejado e informe, o tenso, o abandonado a su suerte y como preparado para la rendición final. El cuerpo de Sendino no. Ni siquiera cuando su declive físico estuvo en su nivel más alto, llegó a perder su porte. En sus movimientos –nunca bruscos–

siempre hubo armonía. En la postura que finalmente asumía, aun en medio del dolor, había esa firmeza y flexibilidad que hacen que un cuerpo humano pueda ser calificado de hermoso. Sí, Sendino era hermosa: tenía una mirada franca y limpia, una sonrisa tímida y amable –nunca coqueta–, una piel blanca y tersa, unas manos gráciles –aunque grandes– y una feminidad totalmente natural, nada impostada o estudiada y, por eso quizá, tan encantadora como desconcertante.

Su forma de vestir, por otra parte, aunque fuera con un simple camisón y unas zapatillas, era siempre cuidada, nunca afectada. La colcha o sábanas con que se cubría, siendo las comunes del hospital, estaban siempre perfectamente dobladas. Pero –repito–, no con esa rigidez propia del perfeccionista o del maniático del orden, sino flexiblemente, amablemente. Aunque uno entrara a verla con cierta prisa, había algo en aquella habitación (ahora entiendo que era la compostura de la enferma, su aura quizá) que invitaba a tomar asiento frente a ella y a quedarse a su vera al menos unos minutos. Así pues, el

cuerpo de Sendino era femenino pero ase-
xuado, elegante sin afectación, flexible pero
no amorfo, terso, pero no rígido.

Lo segundo que más llamaba la atención en
Sendino era su manera de hablar. Aunque
no me dijo que era médico, desde el prin-
cipio supe que se trataba de una persona
culto. No lo digo, como es obvio, por los
tecnicismos médicos que, ocasionalmente,
salpicaban su discurso, sino por la inusual
corrección de su expresión hablada. Sendi-
no no era como la inmensa mayoría de no-
sotros, que en el lenguaje hablado dejamos
buena parte de las frases sin terminar, dan-
do mucho por sobrentendido o montando
una idea sobre la otra, con la intención de
no dejar ninguna sin decir. No. Tanto en el
léxico, de gran precisión, como sobre todo
en la sintaxis, rica y hasta compleja, Sendi-
no cautivaba a quienes la escuchábamos.
Nunca asistí a ninguna de sus clases de me-
dicina, pero estoy convencido de que tuvo
que ser una excelente profesora.